

La Tempestad

Por: Juli G.K.



Comenzar

Nunca íbamos a volver a ver al sol. O al menos eso es lo que parece en días como este.

Ya nadie cuenta el tiempo que llevamos en el Pyxis, la última que lo hacía era una mujer bajita que nunca salía del camarote más que para comer, y solía anotar cada atardecer en un cuaderno forrado de cuero, donde también tenía las plegarias que leía por las noches, dirigidas a algún espíritu de las aguas para mantenernos a salvo. Su espíritu no la ayudó demasiado, había sucumbido un tiempo atrás a una fiebre que se había llevado a un cuar  de la tripulación. Como es mi deber mantener la paz en el Pyxis, y muchos encontraban la paz en los rezos, me vi encargado de continuar con la tradición de leerlos antes de dormir. Sin embargo, nadie había continuado la cuenta. El número cuatrocientos noventa y tres iba a quedar por siempre último en la lista.

[Atrás](#)

[Siguiente](#)

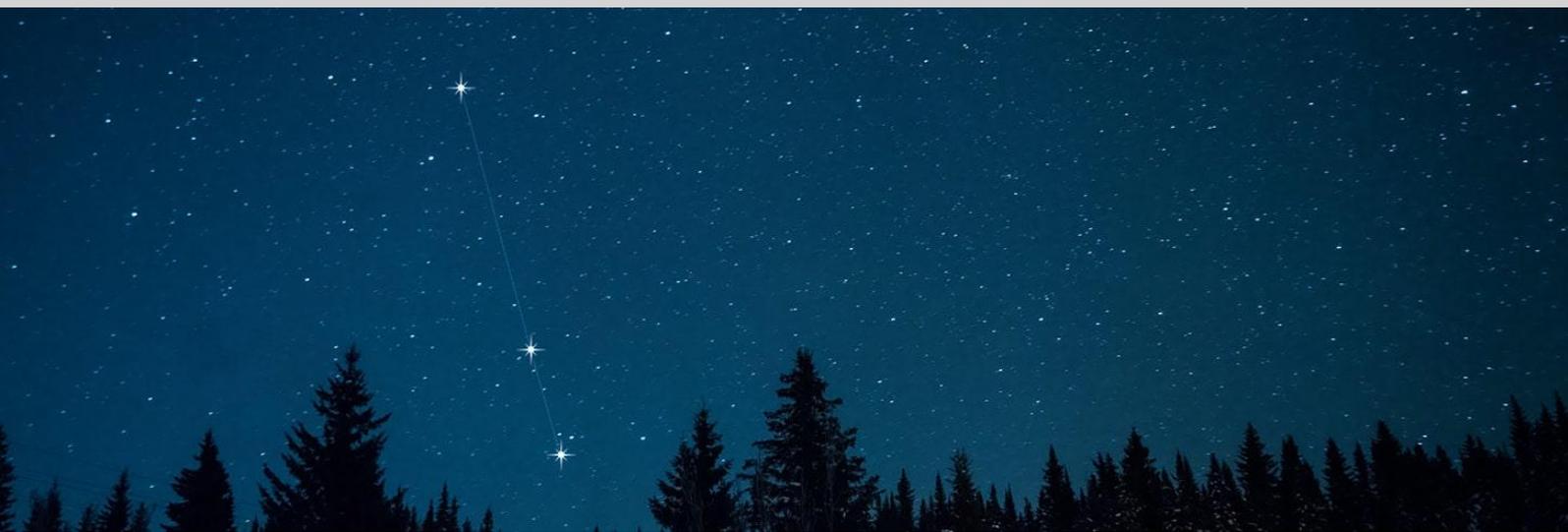


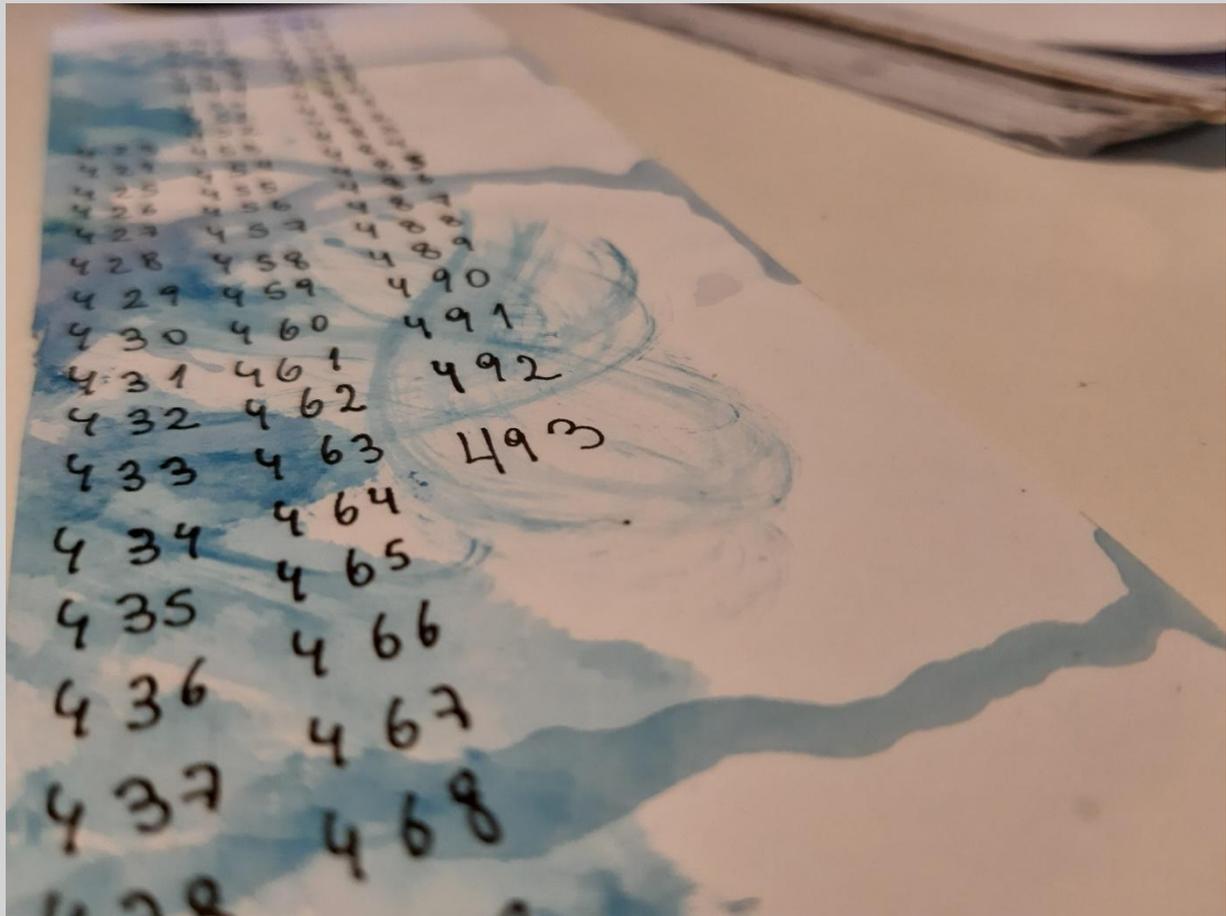
Atrás

Pyxis: Nombre de una constelación débil, con forma de brújula.

Le da el nombre al barco de esta narración, nombre elegido muchos siglos antes, gracias a que dicha constelación salvó la vida a la tripulación de aquél entonces. Una larga historia, repleta de traición y lealtades, que será mejor dejar para otro momento.

El barco tiene capacidad para una cincuentena de personas, a pesar de tener solo cinco camarotes privados. Fue reforzado siete veces, la última modificación para permitirle sobrevivir las nuevas Tormentas, que comenzaron a hacerse presentes en mar abierto, un cuarto de siglo atrás.





Página con la última cuenta de días. Sin modificaciones.

La calma de la tripulación, como la marea, parece depender de la luna. Por más que las capas de nubes no permitan la vista, por la forma en las olas golpean la cubierta y cómo la marea baja tan bruscamente, sabemos que esta noche será luna nueva. Y mi gente está más inquieta que de costumbre.

Por ello, estos momentos del día eran mi único momento para hallar paz. En la cubierta, cubriendo la guardia de otro de los que habían fallecido en la fiebre. Fuera cual fuera el rango, cuando una tripulación se achicaba tanto como la nuestra, todos debían hacer todo. Y me agradaba, me permitía estar en soledad al aire libre, con los cantos de las gaviotas como música de ambiente y un inmenso horizonte gris como obra de arte que admirar. Y... Eso que veía solo confirmaba los temores de la gente: Entre las gaviotas, un albatros gigante revoloteaba a no muchos nudos de donde yo me encontraba. Eso solo significaba una cosa: tormentas.



Atrás



Siguiente

Atrás



Albatros: Similar a una gaviota. Entre los piratas y marinos antiguos, se consideraba un símbolo de mala fortuna, pues se creía que atraía tormentas.



Unas pisadas me hicieron sobresaltar y el catalejo con el que estaba observando cayó de mis manos. Zheng (o la sin cabello, como habíamos terminado por apodararla) se acercó a avisarme que los demás iban a contar una historia. Era lo único que los entretenía en esos días. No pude negarme, era tradición que todos estuviéramos presentes.

Bajé la mirada al [catalejo](#) el tiempo suficiente para ver mi imagen deformada por el vidrio roto. Sin darme tiempo a levantarlo, Zheng me arrastró bajo cubierta.

[Atrás](#)

[Siguiente](#)





Los demás ya estaban reunidos y me recibieron con la melodía de la flauta de Sir Louis, la melodía tan dulce como si el hombre si hubiera pertenecido a la realeza antes de terminar con nosotros, como siempre nos aseguraba. Después de tanto tiempo, si no cambiara los nombres de su familia tan a menudo, le habríamos creído. Lo acompañó Zheng ni bien se sentó, con una especie de yembé, para marcar un ritmo de latidos.

Me habían guardado un lugar junto a una ventana, como sabían que me gustaba. Conocía la historia (sobre una vieja ciudad abandonada y marineros que jamás volvían a casa), por lo que esta vez me dediqué a evaluar a mi gente. Desde el comienzo, habíamos sido, como nos llamaban otros, el grupo más variado de la historia. Se debía a que, junto a mí teniente, adoptábamos con nosotros a cualquiera que se nos cruzara en el camino, sin importar la costa o la situación. Si no fuera porque no nos cruzábamos con tierra hacía tanto tiempo...



Atrás



Siguiente

Atrás



Yembé: Instrumento de percusión,
tradicional de África Occidental,
fabricado con madera.

No había un hombre o mujer que no llevara tatuada la estrella polar, salvo yo. La superstición y la variedad de culturas les había llevado a venerar a cada ser astral, espíritu o deidad de los mares que conocieran, desde el americano Tláloc, hasta el antiguo y famoso Neptuno, y el feroz Hadad.

De todos modos, incluso yo no podía negarme a llevar una moneda de plata en el bolsillo, al igual que todos, y guardar otra moneda junto al mástil principal, como pago por adelantado para Caronte. Por si acaso.

Vislumbré un relámpago a lo lejos, y me preparé para lo que seguía.



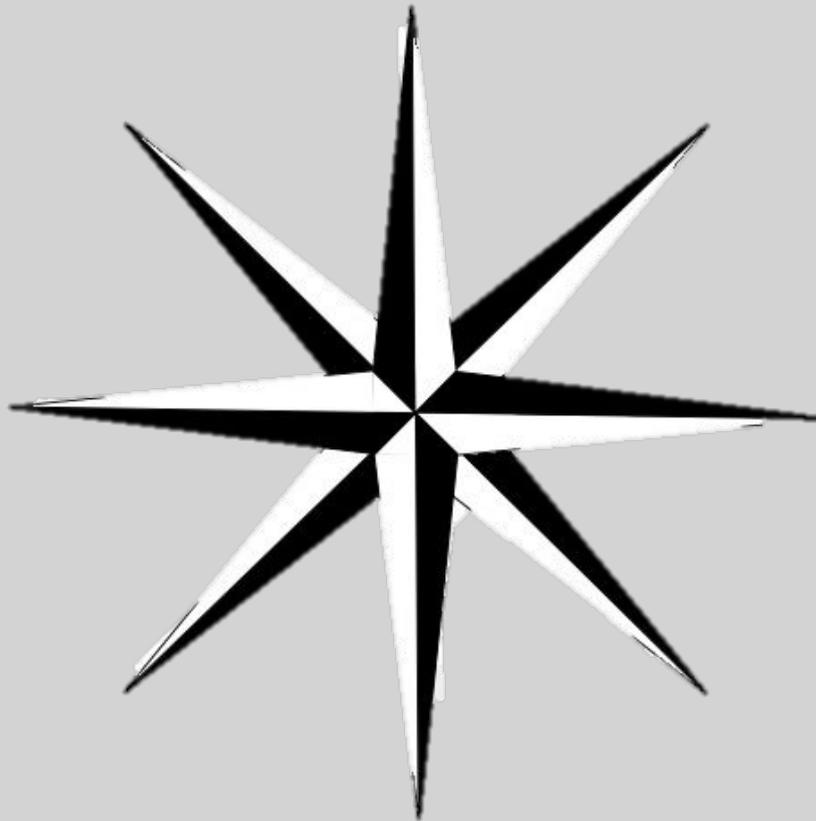
Un trueno silenció la historia de Zheng, seguido de un fuerte golpe que sacudió a Pyxis.

-Deberíamos habernos quedado en las costas del sur...-Se quejó Barbudo.

-¿Quién dice que habría sido mejor? - Solté. No me tomaba bien que criticaran mis decisiones--. Si es la Tempestad, nos habría alcanzado allá también, como alcanzó a todo el resto del mundo.

Atrás

Siguiente



Estrella polar: Símbolo de protección y guía entre marineros, por la constelación que lleva el mismo nombre, y es de las pocas que no se mueven en el cielo nocturno.

Atrás



Neptuno: deidad de la Mitología Romana, controla y reina las aguas, como a todas las criaturas en ellas.

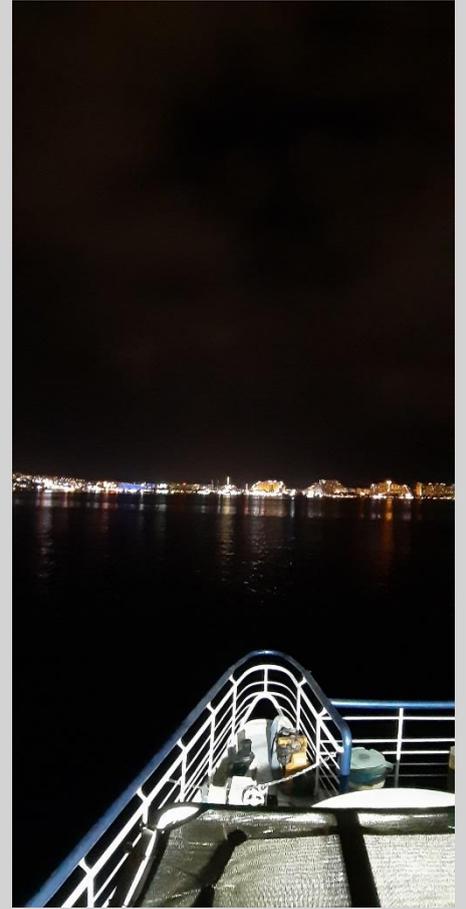


Hadad: Dios controlador de las tormentas y los cielos. Mitología Aramea.



Taloc: Señor de las tormentas y las aguas, según Mitología Mesoamericana.

Atrás



Costas del Sur: Último lugar donde los marineros del Pyxis pararon a juntar provisiones y tripulantes.



Atrás

Caronte: Barquero del inframundo, transportaba a los pasajeros que tenían un óbolo (moneda de distintos materiales, según diversas fuentes) para pagarle. De lo contrario, las almas debían vagar por un periodo de cien años, hasta que el personaje accediera a transportarlos.



Antes de seguir discutiendo, comencé a gritar órdenes. Todos se pusieron en marcha a toda velocidad, con un último grito cargado de tensión: "Juntos hasta el final". Una promesa de cuidarnos los unos a los otros, sin importar qué. No teníamos los mismos orígenes ni creencias, y teníamos distintas razones para estar en el *Pyxis*, pero éramos familia.

Ya habíamos peleado con la Tempestad anteriormente. Era la Gran Tormenta, la razón por la que los niños temen al agua en los campos, la pesadilla de todo marinero.

No contábamos los días, pero sí nuestros enfrentamientos con la Tempestad. Este sería el quinto. La mayoría no sobrevivía al primero. Pero to nos tenía confianza. Esa noche, los mares eran nuestros.

Golpe. Golpe. ¡No podía ser! Hacía semanas que no nos cruzábamos con nadie ¿tenía que aparecer una pobre alma en el medio de la Tempestad?

[Atrás](#)

[Siguiente](#)

En mi camino a abrir la escotilla para dejarlo entrar (una parte de mí sabía que era una extraña criatura del océano que había visto antes), me llaman de la otra punta del *Pyxis*. Dicen que hay un agujero, de alguna forma la Tempestad ha hecho un agujero y el agua está entrando. Sucedia igual que la última Tempestad, un día antes de que los últimos pobres hombres y mujeres cayeran por la fiebre: Debíamos unirnos toda la tripulación, o el agujero no iba a poder cerrarse, y el barco iba a hundirse.

Miré una última vez hacia la puerta, con la culpa amenazando con corroerme los huesos. Nunca habíamos negado la entrada a la seguridad del *Pyxis* a nadie. Jamás.

Pero una parte de mí lo sabía: Si no ayudaba al orden de mi tripulación, no iba a quedar nadie para continuar ayudando por los mares.

[Atrás](#)

[Siguiente](#)

Con una plegaria a todo el que pudiera oírme, deslicé la moneda de plata de mi bolsillo. Era lo mínimo que podía hacer. Ofrecerle un pase al inframundo a la pobre criatura. Me quedé junto a la puerta un instante para cerciorar que el espíritu tomara la moneda.

Corrí hasta el otro lado y en definitiva ahí estaba: Un agujero incluso más grande que el anterior. Las furiosas aguas de la Tempestad en una luna nueva entraban sin piedad, a caudales que habrían sido imparables para cualquier otra tripulación. No para nosotros.

La misma energía con la que habíamos cantado bajo el cielo la noche anterior ahora la usábamos para presionar un tablón de madera de repuesto, mientras la *Sin Cabello*, nuestra carpintera, sellaba la abertura.

La madera se desprendió de uno de los lados. Hice una seña para que nadie se moviera y me dirigí a cubrirlo.

Muy tarde alcancé a ver una viga de madera que me golpeó, convirtiéndolo todo en oscuridad.

A white arrow pointing to the left, containing the text "Atrás" in yellow.

Atrás

A white arrow pointing to the right, containing the text "Siguiete" in yellow.

Siguiete



La confusión de despertar sobre cubierta con mi tripulación rodeándome fue opacada por el alivio. ¡Todos sobrevivimos otra Tempestad! Las historias sobre *Pyxis* nunca dejarían de contarse.

El día prosiguió como cualquier otro, yo comandando las tareas, los demás cumpliéndolas con una sonrisa en el rostro. No bajé a comprobar el agujero, confiaba en mi carpintera. Intenté hacer caso omiso del vacío que sentía en mi bolsillo por falta de la moneda. En el siguiente puerto iba a tener que comprar otra.

Muy pronto me uní a los trabajos rutinarios. Era extraño, pero otra vez era mi turno de vigilar.

Atrás

Siguiente

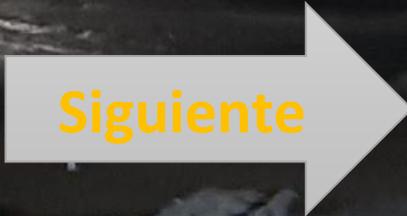


El día estaba peor que cualquiera que hubiéramos navegado hasta ahora. Las nubes no dejaban pasar apenas luz para reflejarse en las aguas e iluminarnos. El aire se sentía cargado, no se veía ni un ave alrededor, y tampoco había rastro de los gatos (escondidos luego de la tormenta, de seguro). Lo más extraño, sin embargo, no era la neblina con aspecto verde ni la madera húmeda bajo mis pies: Era el olor a descomposición que apenas me dejaba concentrarme, peor que cuando uno de los gatos escondía una rata en mi camarote, peor que cuando el océano nos obsequiaba algún animal sin vida.

El mareo me envió a recostarme en mi camarote, y creía que iba a pasar ahí el resto del día, hasta que Sir Louis abrió la puerta de un golpe, con el rostro pálido y perlado de sudor. Llamó mi nombre, como si dudara de qué decir a continuación. Finalmente, pareció decidirse:



Atrás



Siguiente

-Alguien está en el camino del Pyxis.

-¡Fantástico! -La alegría me puso de pie de un salto, dejando atrás el malestar. Pero había algo que no encajaba en el rostro de Sir Louis.

-No creo... Debería verlo con sus propios ojos.

Lo seguí, dudando de mi sonrisa.

Lo que quedaba de mi tripulación estaban unos pegados a los otros, como si temieran separarse. Más de uno rezaba. Cuando me abrí paso, lo vi. ¡Oh, cómo desapareció mi sonrisa cuando vi a lo que se refería!

Entre las densas tinieblas se alzaba la figura del Barquero del inframundo, y más allá... No. Era demasiado para describirlo con palabras.

Me recorrió un escalofrío al palpar mi bolsillo vacío, sin la moneda de plata.

Nunca íbamos a volver a ver el sol.



Atrás



FIN

Atrás



Óbolo de Caronte: Moneda con la cual pagarle al Barquero del Inframundo. De lo contrario, el fallecido debía esperar cien años para poder cruzar.

EL FIN POR AHORA...



Nota: Todas las imágenes de fondo, y las no ficticias, son originales. Las relacionadas con mitos y constelaciones fueron encontradas en línea